JOSE T. DE CUELLAR.

LOS DESGRACIADOS.

Si en las tranquilas horas de la tarde,
Del viento en el monótono sonar,
Oís entre las hojas de los árboles,
Gemir ó suspirar,
Y os parece ilusión de los sentidos
Y que es rumor de hojas nada más;
Pensad en los que lloran en el mundo
Con angustioso afán,
Y sabreis cómo el viento ha arrebatado
Al tédio, á la miseria, á la orfandad,
Esas notas tristísimas que suenan
Allá en la soledad.

Si os asomais al cristalino arroyo
En una hora de calma y de solaz,
Y el rítmico murmullo de sus aguas
Que corren sin cesar,
Os deja percibir raras cadencias,
Y una nota argentina y musical

Que perdiéndose á veces y creciendo,
Parece sollozar;
No penseis que el impulso entre las guijas
Pudo tales sonidos arrancar;
Es que el agua se lleva entre sus ondas
Las lágrimas al mar.

Si en el silencio de una noche lóbrega
En que ruge furioso el huracán
Y en que os hallais á solas meditando
En dulce bienestar;
El viento al penetrar por las rendijas
Gime medroso y lúgubre y se vá;
No penseis que es el génio de las sombras,
Ni la turba falaz
De trasgos, de vampiros y fantasmas
Que os burlan con sus cábalas; pensad
Que esos gemidos que conduce el viento
Son una realidad:
Han salido de un pecho acongojado,
El viento los halló en la inmensidad,
Y los lleva despues de puerta en puerta
En busca de piedad.

Y si despues del baile, en la mullida
Y vaporosa almohada os reclinais,
Y aun vibra en vuestro oído la cadencia
Del fugitivo wals,
Y, las manos de rosa de los sueños,
Logrando vuestro párpado cerrar,
De súbito temblais sobrecogidos

Volviendo á despertar;
No pregunteis la causa á los salones
Que os vieron un momento delirar,
No le pidais la clave á las delicias
Que acaban de pasar.
Es que vuestra alma de gozar cansada,
Recobró en vuestro sueño libertad,
Y sintió al contemplar á los que sufren,
La herida del pesar.

Orad entonces; y si blando y tierno
Teneis, y noble el corazón, orad,
Orad por el que sufre, por el pobre
Y por el criminal;
Por el que torpe, en la maldad se sácia,
Por el que, ciego, en el error está,
Por el que, enfermo, á su dolor sin tregua
Ya no resistirá.
Y cuando al coro de perdón adune
Vuestro pecho su efluvio de piedad,
Vuestros ojos el angel de los sueños
Contento cerrará.
Y si al oir mis versos por ventura,
Os conmueve un afecto fraternal,
Y pensais un momento en los que lloran
En dura adversidad;
Sabed que no soy yo; los desgraciados
Son los que os hablan en su inquieto afán:
¡Pobres víctimas tristes de la suerte!
¡Rogad por ellas, con amor rogad!

JAVIER SANTAMARIA.

A YUCATAN.

Yo no sé si aquí me trajo
De entusiasmo en un exceso,
Mi adoración al progreso
O mi amor por el trabajo.
Yo solo sé que debajo
De este cielo trasparente,
Existe un pueblo valiente
Lleno de felicidad,
Al ver que brilla en su Oriente
El sol de la libertad.

Soy hoja que el huracán
Arrojó sobre los mares,
Y del viento á los azares
Fuí donde las olas ván.
Las playas de Yucatán
Me recojieron piadosas,